

X FILOSOFIA DE LA CULTURA

EL CONDE HERMANN KEYSERLING

Y SU FILOSOFIA DEL "SENTIDO"

X (Conferencia pronunciada por el señor doctor Aurelio García, Profesor Accidental de Sociología e Historia del Derecho, en el Salón Máximo de la Universidad Central, el 15 de Junio de 1928).



Señores:

Arduo en extremo me parece ingresar en un terreno de suyo difícil, azorante y enérgico como es la filosofía. No existe una vía real para llegar al acotado pero extensísimo imperio de la misma. Ya lo dijo Kant, el maestro mayor de la filosofía en la Alemania de todos los tiempos: "*no hay usum delphinis*" para llegar a la filosofía". Así es la verdad. Solamente un individuo que haya, en cierto modo, calculado la magnitud de la empresa filosófica, siquiera sea en un retazo de su alongada trayectoria, puede o podrá darse cuenta de lo bravamente cercado que es tal cosa y de lo desconcertante que es su recia como adusta arquitectura. Y solamente un individuo avezado a una hazaña semejante, estará capacitado para percibir en una de las partes hondas de su espíritu toda una dramática y transfiguradora ola de emoción. Esta será la emoción filosófica. Y tal emoción será el *elemento indubitable* que reside en el alma del que crea filosofía. Así como existe el elemento religioso verídico en el alma del que crea o funda una religión. Y así como existe el elemento político verdadero en el alma del estadista que crea, construye, organiza o dirige nacionalidades o estados. Y así

como existe el elemento de auténtico arte en el alma del que crea o descubre mundos estéticos. Y así como existe el elemento pedagógico en el alma del genuino educador. Y así como existe el elemento demagógico en el alma del que conduce multitudes. Y así como existe el sincero elemento bélico en el alma del guerrero que organiza su vida para jugar con la muerte, muerte que, en un alto sentido metafísico, no es otra cosa que un ardid de la propia vida para perpetuarse de un modo subhondo y siempre renovado. . . . Pues bien, la emoción filosófica servirá como de núcleo central para que el organismo filosófico se desarrolle paulatinamente en el contorno de la vida y en el dintorno de la inteligencia. Para esto, la inteligencia tiene que ser fuerte, valerosa hasta el heroísmo, elástica y tenaz como el acero ya fundido, y dinámica como que es una translúcida arista de fuerza que se desprende del universal dínamo creador que es la Naturaleza.

Sin embargo de lo difícil de la empresa en mención, mi caudal de juventud empleada en esta tarea ya por más de diez años, sin mayor motivación que un sincero afán de enredarme siempre entre los seductores hilos de la Penélope filosófica, constituye para mí un derecho que me autoriza tratar sobre temas de tal linaje, en cualquier momento y lugar, y además, constituye un haz de energía irreprimible que siempre se desborda de mí. Y esta charla sobre un poco de filosofía es uno de los tantos desbordamientos de dicho haz energético. En esta virtud, creo poder abordar el problema asiéndome por lo menos a una rama de seguridad, aun cuando los disparos los haga a considerable distancia. Y advierto que no hago el más leve alarde de petulancia o de inmodestia, porque convencido estoy de que *cada cual aporta a la vida lo que propia y legítimamente posee, y cada cual desempeña un justo papel en la vida si es que acierta a reconocer su intrínseca naturaleza y se mueve dentro de la esfera de sus posibilidades*. Pues ya lo dijo el portentoso Goethe: "todo hombre es completo si es que acierta a comprender su medio vital, entendiéndose por medio vital la estrecha conjunción entre el propio hombre y el ambiente que le circunda." Es por lo aludido que, sin pensar en recelo alguno ni sentir desesperanza de ningún relieve, he venido aquí a hablar de algo que en la vida ordinaria ecuatoriana no se acostumbra, pero que es posible que después de poco tiempo, mediante la fundación y funcionamiento de la Facultad de Filosofía y Letras, aquello de filosofar constituya un tema más que incrementa el repertorio de la vida cotidiana. Pues los profesores extranjeros que vengan algún día sabrán descubrir el valor profundo que yace en toda filosofía y sabrán poner en armoniosa conexión con los rumores, las inquie-

tudes y las aspiraciones de la vida en su doble fisonomía: subjetiva y objetiva. Y tal cosa espero ver en realización transitiva y permanente dentro del Ecuador, porque creo que la filosofía funcional será la clave para suscitar claridades en los espíritus ancestralmente opacos y será el lúcido acicate para crear pensamiento en las inteligencias sin mayor relieve cultural y sin mayor impulso creador. Y porque creo y aun sé que la *filosofía aspira en cada etapa del tiempo a tener una peculiar concepción del mundo y de la vida y, en tal virtud, aspira a orientar el destino de la humanidad para que su desenvolvimiento siga la mejor ruta posible y se ponga en contacto con el sentido de lo cósmico, que es lo único que rige con matemática prudencia en torno y dentro de la fina, sutil y alargada película entre espiritual y naturalista que se llama Historia.*

* * *

Dicho esto, voy a hablar de filosofía de la cultura fuera y dentro del criterio maestro del Conde Keyserling. Por lo pronto, precisa saber qué significa la frase: filosofía de la cultura. La concepción de esta frase que entraña un hondo significado de filosofía y de cultura, me fué revelada a través de la lectura un tanto paciente y meditada de obras que tratan de los fundamentos de la cultura. Por ejemplo: León Frobenius: Círculos Culturales; Spengler: La decadencia de Occidente; Rickert: Ciencia natural y ciencia Cultural; Windelband: Historia y ciencia natural; Dilthey: Una nueva psicología para la interpretación de la historia; Rihl; La ciencia de la cultura; Max Sheler: El saber y la cultura; Edmundo Hüusserl: Filosofía fenomenológica; Keyserling: El mundo que nace. A decir verdad, no conozco un libro en español que diga: filosofía de la cultura; pero del estudio un tanto variado, sistemático y tenaz que por algún tiempo he llevado a cabo sobre cuestiones filosóficas y culturales, he logrado extraer la frase y concepto en alusión. Sobre todo, Keyserling, cuya trabada como fértil ideología pretendo reflejar a continuación, ha influido en mi ánimo y ha sugerido en mi mente la idea de elaborar, siquiera sea a grandes e imprecisos rasgos, una filosofía de la cultura.

Pues bien, en mi concepto, *la filosofía de la cultura no es sino el fundamental esfuerzo de explicación altamente racionalista —conceptiva— o profundamente irracionalista —intuitiva— del sintético conglomerado de todas las actividades humanas que*

se han dado o se dan en un sector del planeta y en un tramo del tiempo.

El concepto antecedente comporta, pues, una doble fisonomía: filosofía y cultura. La primera es el esfuerzo de explicación, y la segunda es el conglomerado de actividades humanas. O, en otros términos, considero la filosofía de la cultura como la *esclarecida conciencia de la propia cultura*. Esto quiere decir que la cultura es una grande o pequeña entidad viva: es un *bionto*. Y la consciencia es una arista espiritual luminosa que atraviesa todo el cuerpo cultural, y, que por así atravesar, le dota e impregna de fundamentada explicación, o sea, le imprime todo un juego de relaciones entre cantidades y calidades, puesto que una explicación, cualquiera que ella sea, en última instancia, no se reduce más que a relaciones de relaciones. Pues el movimiento mental, para ponerse en contacto con las cosas, no opera sino en función de relaciones. Una idea, un concepto, una definición, una explicación no es más que una relación simple o compleja en sí misma. De donde resulta que la filosofía de la cultura, vista en su más ajuarada esencia, no es otra cosa que un matizado y móvil juego de relaciones entre el espíritu creador y las cosas creadas que se llaman "valores culturales".

He aquí presentado escuetamente, pero con gran dosis de alusión mental, lo que pudiera ser un concepto de filosofía de la cultura, a través de potentes manipulaciones de la *energía espiritual* en directa relación con los *hechos históricos o realidades biológicas* en perenne sucesión.

Alemania, considerada como el mejor foco mental del mundo contemporáneo, es la generadora de una nueva ciencia que aspira a ser filosofía: *la ciencia cultural*. Así como Augusto Comte, el positivista francés de alto vuelo metafísico, aun sin él quererlo o sospecharlo, tropezó en sus elucubraciones científicas con un nuevo orbe científico: la sociología como el remate más alto y más complejo de la gloriosa arquitectura de las ciencias hasta entonces reinante. Pues bien, la novísima ciencia de la cultura, aún en formación, ostenta una estirpe de egregio germanismo. Los filósofos Rihl, Rickert y Windelband son los gestores prominentes de este nuevo movimiento en el orden de las actividades espirituales. Y la estructurada iniciación de dicho movimiento data de los últimos años de la centuria anterior. El "fin de siglo" se caracterizó en Alemania con el invento que más tarde iba a tener resonancia mundial: el invento de la ciencia de la cultura. Este invento tuvo su honda raigambre en el *Aufklärung*, o sea, la época de las luces. Ante el invento aludido se levantó una encrespada marea de oposición. Schöfer, alemán, y Croce, italiano, fueron, entre otros, los *pioneers* de dicha opo-

sición. Ellos representaron las barricadas de combate, pero endebles y sin ejércitos que llenaran su misión de luchar en defensa de la airada protesta que luego se desvaneció automáticamente y con un fuerte matiz de vergüenza. Schoefer y Croce creían que con la fabricación de la ciencia cultural, las ciencias históricas o el *historicismo* debían venirse abajo. Se encelaron sus ánimos resentidos. Se encandilaron sus ojos escrutadores. Y, a la postre, cobrando una actitud suplicante de vencidos irremediabiles, lanzaron al público científico la siguiente pregunta: "Cuál de las dos ciencias es más amplia y, por lo tanto, más comprensiva, las ciencias históricas o las ciencias culturales? Y el público interrogado, adoleciendo de sensatez, versación y gravedad, contestó en el sentido de que las ciencias culturales iban descubriendo gradualmente una perspectiva de mayor amplitud que la del historicismo; en consecuencia, éste tenía que ocupar un sitio holgado dentro del perímetro de aquellas. Ante semejante respuesta, los opositores voltearon grupas y dando un amplio giro, como una metáfora elegante, acabaron por enrolarse en las filas de los constructores de las ciencias culturales. Desde entonces, la más selecta atención filosófica, histórica, científica —especialmente alemana— se ha movilizado con energía, precisión, severidad y constancia con el fin de crear exuberante carne en torno al esqueleto que significaba la ciencia cultural en sus primarios tiempos de existencia.

Pero, qué comprenden las ciencias culturales? Y qué relación tienen estas ciencias con la filosofía de la cultura? Las ciencias culturales abarcan lo que se denomina "Ciencias del espíritu", a saber: psicología, ética, historia, economía, derecho, política, sociología, estética, religión. Aparece, pues, un gigantesco mundo tendiente a relacionar y a ensamblar entre sí profundamente los más divergentes y convergentes impulsos de cada una de las ciencias enroladas en lo vastamente cultural. Pero como contramundo de la ciencias culturales asoma el mundo de las ciencias naturales que comprenden, entre otras disciplinas científicas, la física, la química, la biología, la geología. Este mundo científico aspira a encontrar el sentido comunal que rige cada una de las manifestaciones de la enorme tendencia naturalista. He aquí frente a frente perfilada de un modo bilateral la energía universal, cuya nítida, profunda e irreductible esencia aún permanece intocada hasta por el más audaz disparo inquisitivo de la mente humana.

Ahora veamos las articulaciones entre las ciencias cultural-naturalistas y la filosofía de la cultura. Abstracta o epistemológicamente considerado el problema, la relación que existe entre las ciencias mentadas y la filosofía de la cultura es la de una re-

lación de dominios parciales con una de dominio total, estableciendo amplios nexos y descubriendo fuentes primarias de "valores" universalmente válidos que se dan como experiencias vivientes en la hondura del espíritu y que tienen su realización en un sentido suprahistórico o intemporal para luego descender al movimiento temporal, normal, singular y fresco de personalidades, colectividades y acontecimientos que forman la trama de los cuadros vivos y palpitantes de la historia. Pues, en este sentido se dice que la *"historia es la realización de una cultura posible"*. Y yo añado que *la cultura es la realización de una situación espiritual posible. Y que la filosofía de la cultura es la explicación ecuménica de tal situación espiritual pero ya cristalizada o actualizada*. Es por lo anotado que la filosofía de Kant, más que la de cualquier otro, se halla considerada no como una simple y monumental filosofía desglosada de la vida y del mundo, sino como una eficaz y ampísimas filosofía de la cultura. Y es que el férreo y frígido pensador de Königsberg no sólo ha sentado las bases de explicaciones culturales, sino que ha levantado, cuán alto ha podido, todo un majestuoso y operante faro filosófico que signifique una mayúscula iluminación de la cultura moderna, desde las postrimerias renacentistas hasta nuestros días. Desde este punto de vista se puede apreciar ya cómo la filosofía se da la mano con la cultura y cómo toda filosofía no es sino la más noble sublimación de la propia cultura y es, a la vez, el agente más poderoso para orientar, organizar, suscitar, dirigir y explicar los múltiples valores culturales, pudiendo éstos condensarse en la quintuple división siguiente: *lo verdadero, lo bueno, lo bello, lo libre y lo santo*, o sea, la crítica del conocimiento, la crítica de la voluntad, la crítica del sentimiento o estimativa, la crítica de la libertad y la crítica de la serenidad, misticismo o religiosidad.

En rigor, parece que desde este apacible altozano conceptual es posible divisar el formidable panorama integrado por las ciencias naturales, las ciencias culturales, la filosofía de la cultura y, como una línea trascendental que encierra todo lo aludido, se dibuja aquello que se llama *historia de la cultura* incluso su metafísica. Y esto es lo que justa y cabalmente han llevado a cabo, siguiendo diversas tendencias mentales de ingente velamen, los morfólogos de la cultura como el "apocalíptico" Spengler, como el optimista Keyserling, como el africanista Frobenius; los paleontólogos de las almas histórico-culturales como Yung y Daqué; los constructores racionalistas de la cultura como Rickert y Windelband, y los diseñadores o escorcistas culturales de carácter fenomenológico como Edmundo Hüsserl y Max Scheler.

He aquí esta fauna estupenda de inteligencias empeñada en desentrañar el hondo significado y la justa valoración de las condensaciones que el fluídico torrente de la humanidad va dejando en su travesía por este planeta. Y que dicho torrente, en complicidad con lo cósmico, se llama *hado, fato o destino histórico*. Y tal destino histórico cobra un sentido de mayor nobleza y de preclara dignidad por cuanto es la resultante armónica o inarmónica, pero sorprendente, del psiquismo humano que, según el fino y altísimo pensar de Max Scheler, dicho psiquismo, en su gradual superación, se convierte en "*espíritu*" y como tal se envuelve en el universal y creador *aliento divino*. Pues el hombre, la humanidad, la nación, el estado, la iglesia, no son sino encarnaciones vivas y lúcidas del fluido divino que circula dentro del Universo en toda su incalculable magnitud. Y el hombre, personalmente considerado, por acopiar la mayor suma de divinidad, es superior a la vida, a sus múltiples valores y a la naturaleza toda.



Desde este instante ya me es forzoso hablar del Conde Hermann Keyserling. Quiero delinear sobriamente su personalidad y su obra mentales en el ancho y reverberante lienzo de su filosofía del "*sentido*".

Keyserling ha nacido en la actual Estonia, el 20 de Julio de 1880. Tiene un abolengo de alta aristocracia. Desde muy joven se ha visto libremente impelido a estudiar y a entender de filosofía. Siguiendo la nobilísima tradición del pensamiento germano, se ha sentido con auténtica y luminosa vocación para hacerse sacerdote de un sagrado templo de ideas. Keyserling —*summa loco natus*— es un laico religioso, y como tal hace de la filosofía una maravillosa filigrana evangélica que tiembla como cosa viva en el inmensurable fondo de religiosidad, religiosidad que se identifica con el cosmos en su última instancia creadora. Keyserling se halla dotado de un inaudito sentido de penetración. Y tal sentido —agudo y certero como una sonda— utiliza magníficamente en la perforación desde las más blandas hasta las más recias capas de ideas, teorías, problemas, hombres, cosas y culturas "*ex abundantia*". Y con una finísima y bien definida visión, sorprende corrientes subterráneas y básicas de unanimidad en todo lo que exteriormente asoma como plural, roto, disperso, distanciado y aun antagónico. Así, pues, encuentra el hilo conductor uniforme de las floraciones culturales, y logra fi-

liarlas con suma pureza, dignidad y justa ponderación. Su labor de meditación es altamente centrada: es un *tipo introvertido*, si cabe atenerse a la clasificación tipológica del novísimo psiquiatra y psicólogo suizo Yung; sin embargo, su descollante esfuerzo tiende a ponerse en contacto inmediato con el repertorio de cosas que integran el mundo presente, pasado y aun el futuro. En este sentido, tórnase en un *tipo extravertido*. Estos jubilosos atributos de su hondísima como diáfana espiritualidad le ponen en vivo y dramático canje con los tremantes cuadros de la vida actual. Y la actualidad palpitante le sirve como de soberbio alcor desde donde su pupila escrutadora hiende el pasado, siguiendo una rigurosa ley de perspectiva histórica, y rasga airoso la densa tiniebla de lo futuro para insertar allí, en lo posible configurado, el nuevo mundo que se halla en actual e hirviente gestación.

En el libro "El mundo que nace" se resume y condensa magistralmente toda su filosofía desparramada en muchas notabilísimas y sustanciosas obras. El magnífico y generoso esfuerzo filosófico derramado por Keyserling a lo largo de más de veinte años, ha comenzado a fructificar en estos últimos tiempos con sazónada exuberancia y con azucarado deleite mental. Su poderosísima mentalidad se está volviendo central en el mundo de estos momentos. Y hacia ella convergen plurales inteligencias de varios lugares del planeta para colaborar en la gigantesca obra de reconstrucción espiritual que dicho filósofo está llevando a cabo para bien y salvación de la humanidad contemporánea y para imprimir un certero rumbo a la historia que gradualmente se elabora.

Para que el círculo de sus percepciones y representaciones se ensanche y luego se ponga en conexión con la fluencia intuitiva de su alma, ha verificado viajes personales por algunos países de Asia y América. Ha realizado verdaderos periplos en torno a las más variadas culturas. Su libro "Reisetagebuch eines Philosophen", o sea, en español, "El diario de viaje de un filósofo" es el testimonio viviente, meditado y extenso de sus hondas observaciones y de sus selectos como valientes juicios en derredor a las *ricas problemáticas* que integran los "valores culturales" de tal o cual sector planetario. La India, la China, el Japón, Norteamérica se encuentran retratados de cuerpo entero en las tersas páginas de tal "diario". He sabido que "El diario de viaje de un filósofo" causó en Alemania, a raíz del fracaso bélico del año 18, todo un estrago de locura. Ante el sereno deslumbramiento de tal obra, quería el germanismo convertirse de inquieto y potente pensador en un quieto y lúcido estado de estupidez. Se quería transfigurar en un hindú o en un brahmán,

de apariencia estúpida pero con un fondo de luminosa como serenísima sabiduría. Y para conseguir tal actitud, había que renunciar a todo el repertorio de sensaciones, pensamientos, sentimientos, pasiones, etc., que llenan la milenaria alma occidental, en permanente inquietud y en azaroso rozamiento dentro y fuera de sí, para en su lugar colmar de serenidad vital y de sabia como sabrosa tranquilidad, oriundas del mágico Oriente. Pero el estremecimiento de transfiguración parece que ha pasado ya en la desquiciada Alemania. Y ahora ha comenzado a pensar, a valorar y a actuar al compás de las ideas que, con un brioso gesto de resurrección, laten en las páginas apretadas del libro "Die neueensthende Welt"—"El mundo que nace". Así, con un selecto y fuerte patrimonio de sabiduría y experiencia recogidas a través de varios países, regresó Keyserling a Europa. Y en 1920 fundó en Darmstad, auspiciado por el Duque de Hessen, una *Oficina de Ideas* que se llama "Escuela de la Sabiduría". En esta Academia del pensar se congregan frente a Keyserling—el más grande profesor de filosofía que tiene el mundo de esta hora— numerosas inteligencias maduras, libres y personales con el fin de entablar *ágapes espirituales*. (Me es necesario advertir que sus discípulos dicen que Keyserling es el más grande profesor de filosofía que, sin disputa alguna, hay en el mundo actual.) Es una especie de platonización en pleno siglo XX. Es una socratización rediviva. Así como la histórica Academia Platónica tuvo como socios activos a las mejores inteligencias griegas, la novísima Academia Keyserliniana tiene como socios mentalmente colaboradores a las mejores inteligencias teutonas. Y así como Sócrates tenía como círculo de sus afanes y tareas filosóficas a toda Atenas, Keyserling tiene como círculo de sus empresas mentales a toda Alemania, más las valiosas conexiones con Europa, gran parte de Asia y América. La Oficina Central residente en Darmstad ha comenzado a fundar sucursales en varios lugares del mundo.

Merece advertir que la metodología empleada por Keyserling es idéntica a la empleada por Sócrates, diferenciándose en el hecho de que mientras aquél hace girar a la humanidad en torno a la vida, éste hacía girar a las generaciones fuera de la vida y dentro de la razón. La "*mayéutica*" utilizada por Sócrates allá en los momentos primarios de la invención de la razón o *episteme*, tiene ahora en Keyserling un uso de lo más noble, atinado y fecundo, persiguiéndole a la misma razón hasta sus últimos reductos a fin de superarla en favor de la *intuición*. Y es sabido que la mayéutica es el arte de extraer ideas residentes en los espíritus. Y si Sócrates utilizó tal instrumento en forma de *discusión*, Keyserling utiliza en forma de *sugerencia*, de

insinuación, pues para este filósofo la discusión es considerada como traba y como sombra al libre nacer y desenvolverse de las ideas puras, claras y serenas. De suerte que Keyserling, para las operaciones y menesteres más altos y complicados de la mente, trata o procura tratar solamente con espíritus listos a sentir las más sutiles pulsaciones y los más imperceptibles movimientos del alma. Sin embargo de semejante aristocrática selección mental, Keyserling se infiltra en todas las almas posibles con quienes inmediata o mediatamente se encuentra. Es por esto que la figura keyserliniana se perfila cada vez más alta y alucinante. Pues todo un oleaje de conciencias bate su interna como inagotable energía en el fondo *abisal* de su enorme conciencia maestra.

Actualmente se halla Keyserling en Europa, después de un viaje de concienzudo estudio que acaba de hacer acerca de la fisonomía y del espíritu de los Estados Unidos. Su segunda visita a este país, le ha suministrado una impresión bastante distinta de la recibida hace 16 años, respecto del paisaje humano que se halla en el trance frenético de forjar una cultura lo más propia y lo más autónoma posible. Mientras en su primera visita fué impresionado como que Yanquilandia era parejamente un plural y unitario pueblo eminentemente mecanizado y materialista, síntoma y culminación del último estadio de la cultura occidental, fatigada, agoniosa, archicivilizada; ahora, en esta segunda visita, (abril de 1928) su impresión es bastante halagadora y favorable en el sentido espiritual. Y si confiesa de un modo paladino que la substancia étnica anglo-americana nunca producirá filósofos y filosofías a la manera griega o germana, en cambio, es posible —dice— que la atmósfera espiritual que rodea al mundo financiero se densifique enormemente. Y esta densificación generará un grandioso estilo cultural, en el que lo fundamental y dominante será la más amplia realización del *bienestar humano*. Keyserling, en contra de las superficiales y gratuitas opiniones reinantes, no piensa que Estados Unidos es un “coloso con pies de barro”, sino un niño precoz con pies, corazón y cabeza de oro, listo todo esto para, con el transcurso del tiempo, fundirse en un gran crisol espiritual y crear una cultura de sentido aristocrático o “carismático”, por fuerza de la pureza y del vigor sintético de la sangre. Según Keyserling, la estu-penda democracia americana nórdica no es sino un paso antecedente y forzoso para una futura organización aristocrática del mundo yanqui. (Es curioso y honroso a la vez anotar aquí la feliz coincidencia en la apreciación de Yanquilandia entre el magistral Keyserling y un educador y escritor ecuatoriano—doctor Leonidas García— que, como fruto de su viaje a través

del país ingente, ha estado lanzando a la publicidad, por medio de la prensa diaria, sus ideas y sugerencias, reservándose el publicar más tarde lo más substancial, lo más interesante y lo más nutrido de la contextura estadounidense).

Pues sí, Keyserling manobra desde el alto sitial de la Escuela de la Sabiduría. Desde allí ejerce su mandarinato filosófico y trata colaboradamente sobre multitud de problemas cardinales de la hora actual, con un enérgico sentido de "mundialidad". De la misma manera que en Francia, Bergson es el hilandero mayor de la filosofía intuicionista, en relación con las palpitaciones del mundo. Y de la manera como John Dewey, gran capitán de ejércitos pedagógicos activo-funcionales, recoge los millares de latidos que se desprenden de Norteamérica, para amasarlos y configurarlos en la *biológica fórmula pragmatista*, inventada por Pierce y sistematizada por William James.

Gradualmente vamos acercándonos a la fortaleza filosófica keyserliniana. Yo sospecho que dentro de muy pocos segundos habremos tomado por asalto dicha fortaleza. Todo depende del régimen atencional que desarrollemos en estos caprichosos y púdicos instantes que se van de nuestras manos con un hondo e ilimitado sentimiento de ingratitude.

Ante todo, conviene hacer notar que tanto Keyserling como el ya muy divulgado Spengler, proceden de un robusto tronco común filosófico: el IRRACIONALISMO O INTUICIONISMO, advirtiendo que mientras aquél sigue una tendencia *vital-espiritualista*, éste sigue un derrotero *biológico-naturalista*. En tal virtud, Spengler hace de la historia una "*biología general y generalizada*". Y Keyserling la reduce a una *gigante maniobra espiritual*. Sin embargo, los dos coinciden en que la historia —conjunto de culturas— es una entidad viva de mayor cuantía y, como tal, sujeta a la ley del devenir y del perecer. Aun cuando no es mi propósito en este momento hacer un estudio paralelo entre Keyserling y Spengler, juzgo conveniente dar a notar la radical diferencia de actitud visionaria que con respecto al mundo actual tienen los dos colosos del idealismo germano, y que el siglo presente les exhibe en su parte más encumbrada. En efecto, la diferencia estriba en lo siguiente: Spengler representa el pulso en *menguante* de la energía contemporánea y empuña la débil claridad crepuscular de la cultura a la que le ha bautizado con el nombre de "fáustica", en honor al Fausto de Goethe. En tal virtud, Spengler le ha suministrado la católica *extremaunción* para que muera pronto y en gracia de Dios. En cambio, Keyserling representa su contrapulso: es el pulso en *creciente* de la misma energía y simboliza la conquistadora luz de alborada que se difunde en nuestra época precultural, y a la que, por su cuen-

ta y riesgo, le ha bautizado con el nombre gálico de "chauffeur", posiblemente en honor de Henry Ford, el dios del tremendo automovilismo moderno. Así ubicados los dos cara a cara, se tiene el siguiente simbolismo: Spengler es el *ocaso* y el además pesimista de la cultura moderna, y Keyserling, el *orto* y el además optimista de la misma cultura. Ya veremos de qué modo Keyserling simboliza el mundo naciente y cuál es su manera de penetrar en el secreto de los procesos culturales. De todas suertes, el instrumento utilizado por ambos simbolizantes es la intuición, utensilio mental éste puesto de moda desde hace algún tiempo por el genial Bergson.

Keyserling, que arranca briosamente de Kant y galopa con jubilosa emoción por la amplia y florida avenida bergsoniana, funda su filosofía integral, aun cuando no abarca todas las realidades del mundo, en lo que él denomina "*filosofía del sentido*". En su obra "Schöpferische Erkenntnis"—"Conocimiento Creador", desarrolla con una profundidad pasmosa este concepto del sentido. Propiamente dicho, el sentido en su esencia más honda, en su contenido unívoco e insustituible, no es un concepto: es un dardo espiritual que yace en la hondura máxima de la vida en general y emerge, radiante y explorador, a través de las fibras sutiles que tejen el proceso misterioso de todas las cosas, incluso el misterio del propio espíritu, circunscrito tan sólo a su funcionamiento, no a su substancial entidad. El "sentido" es la aguda sonda que procede por golpes decisivos e inquisitivos en el intrincado trayecto de todo lo que ante la simple y epidérmica razón humana asoma con carices enigmáticos, ariscos e insolubles. El sentido opera, pues, de abajo arriba, y viceversa. Acaso el "sentido" de que habla Keyserling no es tan sólo el "noumeno" kantiano, ni es solamente la "idea-werden" hegeliana, ni es el "élan vital" bergsoniano; es tal vez todo esto reunido y algo más: el "sentido" es la inefable confusión de lo que es y no es, de lo que transcurre y no transcurre, de lo que vive y no vive, de lo que es espíritu y de lo que todavía no es. El sentido keyserliniano, ante una comprensión superelevada, se perfila como el límite entre la metafísica y un mundo más allá, con realidad propia para ser entendida por un hombre que conñe con lo divino, ya que como dice él mismo: "*la esencia del sentido no consiste en interpretar las cosas sino en transformarlas*". Ejemplo de seres entre humano y divino: Jesús, que es el caso máximo de energía mágica y, por ende, de energía transformadora de las cosas o realidades. Y es sabido, al menos entre los profesionales de la filosofía, que la metafísica sola no transforma las realidades, sino que a lo más interpreta. Esto quiere decir que la metafísica, por su propia cuenta y seguridad, confiere verdad a las reali-

dades, pero no recibe la verdad genuina que late en el seno de las propias realidades. Y por conferir gratuitamente verdad a las cosas y no recibir la de ellas, no posee la primaria y certera fuerza de transformación, esto es, no tiene el don de convertir una realidad en otra a voluntad suya. Y esto que sucede con la inteligencia en la elevada perspectiva metafísica, sucede también y en gran escala con la inteligencia ordinaria, encuadrada en una "*perspectiva de batracio*", que, por lo pronto, la filosofía positiva con todas sus creaciones y ordenaciones del mundo moderno, es la que mejor representa la perspectiva batrácica. Pues bien, Keyserling, fiel a su singular ritmo visionario, observa que por no conocer la naturaleza inmanente del sentido, por un lado, y por otro, tal vez por conocer dicha naturaleza, pero por no saber manejarla atinada y convenientemente, cada uno de los pasos dados por el hombre ha sido perdido o por lo menos perjudicialmente desviado. En consecuencia, de todos los pasos dados por la historia, los más han sido perdidos porque han caído en falso, saliéndose de *tierra firme* que comportan las intrínsecas realidades. Sobre todo, en lo que más el hombre ha errado ha sido en el amplio como delicadísimo campo de la política; de ahí el caos y la destrucción de Estados; de ahí las sangrientas guerras religiosas y de nacionalidades; de ahí las azorantes catástrofes humanas que, como la mundial del 14 al 18 de este siglo, determinan un cambio de frente al mundo y a la cultura. Y para evitar yerros en lo posible, asevera Keyserling que en el político, o sea, en el genuino estadista, "*la concepción del sentido y la política realista tienen que ir juntas para llegar a la realización del mismo sentido*". (Conocimiento Creador).

He aquí la causa de las lamentaciones que una generación y otra en su transcurso vital eleva a no se sabe qué ser superior para que éste venga en defensa de su aflictiva situación amenazada constantemente y venga a corregir o a rectificar los desvíos de las generaciones antecesoras.

Tengo la plena convicción —dice el *taumaturgo moderno*— que las leyes del desenvolvimiento humano no serán descubiertas sino después de varios siglos, esto es, las auténticas leyes que subhondamente rigen a la humanidad; pero asimismo tengo la seguridad de que hasta ahora han actuado sobre el hombre tres fuerzas interferentes e independientes entre sí: la fuerza *cósmica*, en su más vasta acepción, la *herencia* y la *disposición* nata, genuina del espíritu. Lo cósmico ha tenido y tiene su influencia predominante en las épocas *antehistóricas*; la herencia, en las *protohistóricas*, y el espíritu, en las *históricas* propiamente dichas. Estas fuerzan depuncian en lontananza la esencia del sentido que hace vibrar su virtud constructiva y destructora en la

parte más honda de las realidades. El sabio director de la "Escuela de la Sabiduría" se aferra a la verdad operante de dichas tres influencias, tanto más cuanto que refiriéndose especialmente a la influencia *dispositiva* del espíritu sobre lo histórico, se agarra con bravura de la *libertad*, substancial elemento que decide en una dirección o en otra de los destinos culturales del vasto Occidente. "La libertad íntima —gloriosa invención griega"— ha piloteado al europeo y al americano por entre los arrecifes de problemas, de propensiones, de intereses, etc. Según este modo de intuir las cosas —no pensar— Keyserling se dispara contra Spengler y llega al corazón vivo y declinante de toda su organología filosófica: el "*sino*". En consecuencia, Spengler tiene cada vez menos razón al interpretar las culturas enmarcadas en lo histórico tan sólo con su único talismán: *la fatalidad*. Y la sinrazón spengleriana se acentúa más frente al criterio keyserlingiano cuando dice que "las culturas se desarrollan con una sublime carencia de finalidad". Precisamente lo contrario de lo que Keyserling entrevé a través de su rigurosa lógica del sentido, la misma que supone, entre otras modalidades, la de una finalidad como conductora de las culturas. Pues, que, el sentido de la libertad es la fuerza contrapuntística del sino o hado. Y la libertad determina unívocamente tal o cual clase de finalidad. Esto es lo que, cabalmente, ha ocurrido en el mundo occidental a diferencia del oriental, en donde lo ubérrimo de las formas se deshace *inferi* y el espíritu parece que sufre una real desintegración, ocurriendo entonces que el pensamiento enmudece hasta el punto de que el yo se anula, como fulguralmente, lo dice el eximio maestro: "*yo no pienso sino que la naturaleza se piensa en mí.*"

Para, en cierto modo, llegar a comprender el sentido del *sentido*, "es menester, ante todo, abrirse a la influencia espiritual. Si se quiere progresar en sabiduría, se deberá dominar el deseo de la discusión. Discutir es detener la acción del pensamiento en el plano de la inteligencia, es impedirle alcanzar las profundidades de la conciencia, de donde parten las impulsiones creadoras. Incluso ahí donde no se trata, en apariencia, sino de problemas abstractos, no se trata en definitiva, sino de actuar sobre el *ser* de la persona, no sobre su *savoir-faire*..... El término reflexión debe ser tomado en su sentido propio, que así mostrará el peligro. Un rayo reflejado retorna atrás; lo que es devuelto por el primer plano de la conciencia, donde se mueven las representaciones del mundo, no llega al espesor del alma y no puede aportar ahí influencia alguna. Para actuar sobre el *ser*, es necesario comenzar por modificar una actitud general, que es un primer obstáculo exterior. Por consiguiente, aquel que desde el principio se dispone a la discusión, desliza ante sí, por así de-

cirlo, una superficie que le permitirá sin duda tratar el pensamiento según todos los procedimientos intelectuales en uso, pero que, de otra parte, le impedirá sacar el beneficio interior que podía reportarle. Es así cómo los “intelectuales” cometen errores de interpretación más groseros que la mayor parte de las “almas sencillas”. Los espíritus creadores siempre han evitado la discusión ahí donde podía versar sobre lo esencial de su pensamiento. Los fundadores de religiones, como sus intérpretes, han declarado intangibles los dogmas. Goethe no discutía jamás: hablaba o escuchaba.”

“Empero, esta actitud acogedora, que no es otra que la que Cristo llamaba humildad o pobreza de espíritu, no tiene por consecuencia la abdicación del individuo. Muy al contrario, es causa de enriquecimiento personal. No se trata de percibir lo que otro dice, sino de alcanzar la realidad que viste a su manera y que vive ignorada en el fondo de nosotros. A este respecto, el que acoge el pensamiento de otro, toma conciencia del suyo, y su humildad espiritual es el medio más eficaz de abrir paso a la propia originalidad.”

He aquí esta rutilante constelación ideológica de gran momento. Y Keyserling se obstina en perseguir el sentido hasta su última dimensión de hondura cuando, a través del mejor y más diáfano expositor de su filosofía, M. Boucher, dice: “ninguna impulsión será creadora sino procede de una iniciativa puramente personal. Sin duda, las impulsiones de esta suerte no han tenido lugar sino raramente: es la *pereza* la que permanece en efecto como ley suprema, la *falta de sentido* lo que casi siempre prevalece. Se puede decir que nuestra alma no existe aún sino virtualmente y que la naturaleza espiritual no ha existido sino en vano”. He aquí puesta de relieve una vez más la motivación básicamente elemental de las caídas y desviaciones muy frecuentes de la marcha aparentemente heroica de la historia, a lo largo del tiempo o “*dureé relle*” de que habla Bergson.

Keyserling, tras un lucido esfuerzo por conocer y reconocer rectamente sus incontrovertibles posibilidades y su “natural círculo de acción”, asume una actitud singular que, según él mismo proclama, es de *órgano de la totalidad*, considerado desde su parcialísima perspectiva. En tal virtud, cree reflejar, con la mayor fidelidad posible, la verdad que flota en el “*inconsciente colectivo*” o “*recuerdo cósmico*”, y después de configurarla en conceptos, habla al mundo como hombre de Estado, aspirando, en colaboración con otros profetas o visionarios actuales, a imprimir “*impulsos vitales de carácter activamente histórico*”. En consecuencia, su filosofía del *sentido*, que no es otra cosa que una psicología de la filosofía, tiende a ser la medula explicativa de las

formaciones culturales. A tal psicología se denomina "*psicología profunda*", y a ella acuden los que con Keyserling, Yung, Adler y Freud, tratan de penetrar en el secreto funcionamiento tanto de las almas individuales como de las colectivas.

* * *

Ahora veamos cómo Keyserling estudia e interpreta las culturas. Para ello, transcribamos la definición que da sobre cultura. Y dice así: "*Propiamente entendida, ni más ni menos que la forma de la vida como inmediata expresión del espíritu.*" Y continúa: "Esta breve definición encierra en sí, sin prejuicio alguno, todo lo que en términos generales puede decirse acerca de la cultura: que es sujeción y, por tanto, obligación hacia un pasado vivo; que todas sus manifestaciones son simbólicas, en el doble aspecto de que todo lo culto representa, por una parte, el sentido, y, por otra, su encarnación en una imagen correspondiente; que es exclusiva y, por tanto, estrictamente limitada en el exterior; y que es esencialmente unitaria, por lo que cada cosa particular en ella presupone y alude a la totalidad. La cultura es un organismo espiritual, definición que sigue siendo verdadera, consérvese o no la teoría del alma de las culturas (de Spengler), o la de los *paideumas* (de Frobenius), o cualquiera otra establecida hasta ahora. La misma definición nos dice también cuándo la civilización exterior que muy bien puede ser cultura, no lo es; ocurre esto cuando su expresión no significa nada interior; cuando lo dicho antes no corresponde con la configuración dada. Lo mismo caracteriza *mutatis mutandis* el estado de barbarie. Qué cosa sea, en resumidas cuentas, ese organismo espiritual que llamamos cultura, será difícil que lo hagamos comprender totalmente, pues todo pensamiento abstracto tiene como última hipótesis el sujeto personal."

Los conceptos enunciados nos ponen en el trance de comprender, por modo relativamente aproximado, lo que es una cultura abstractamente considerada. Su significación profunda radica en el sentido espiritual que anima interiormente las condensaciones de las actividades humanas, tales como la religión, la ciencia, el arte, el derecho, etc. Ahora bien, esta significación profunda es la resultante de la caída o incidencia del "acento psíquico en el organismo real del espíritu". Pues cuando el acento del sentido recae en lo *intransferible*, es decir, en lo su premente irracional, corre buen riesgo de desarrollar sus raíces creadoras en las épocas primarias de la humanidad o *ante-*

históricas, para luego impulsarse hacia el fondo espiritual que se llama conciencia creadora. En cuanto el acento del sentido llega aquí, la energía humana produce con toda facilidad sus más grandes y sazonados frutos. Ejemplos a grandes trazos: la época faraónica de más alto rango; la época azteca de mayor relieve; la época incásica de pronunciados contornos; la época romana en su culminación jurídica; la época cristiana con Jesús por símbolo; la época germánica con su *sentido personalista* de gran calado; la época feudal con sus disparos góticos hacia la alta meta celeste; la época renacentista de alto bordo; la época moderna de furiosa huracanada racionalista con Descartes, Leibnitz, Spinoza, Kant, Hegel y otros tipos monstruosos que inauguraron una nueva era en la *cultura "fulgural"* del viejo mundo, a diferencia de la cultura "*cthónica*" o *térrea o pantanosa*, de la que el nuevo mundo hace esfuerzos por salirse, especialmente Norteamérica.

En rigor, el acento del sentido psíquico se traslada, a través del tiempo, de un lugar a otro: así del sitio irracional se ha desplazado hacia el sitio concienical y de aquí se desplaza hacia lo que se denomina *razón* o lugar *transferible*. Nuestra época, desde el siglo XVII más o menos, se halla bajo la poderosa influencia de la razón o simplemente inteligencia. Esto quiere decir que el acento del sentido se halla señalando lo transferible. Y como tal, la energía humana produce tan sólo cosas superficiales y expansivas como la *técnica* que no es sino una forzosa derivación del desarrollo científico iniciado en los primeros tiempos de lo moderno. La *ciencia* es la manifestación inequívoca de que el sentido se halla al comienzo de lo transferible. Y la técnica —o sea la realidad materializada— es la expresión formal de que el acento del sentido se halla ya en un sitio avanzado de lo transferible. En este sentido, admite Keyserling, pero a título provisional, el hecho de que no sólo la cultura occidental sino todas las culturas vivientes en el orbe, se hallan en decadencia. Pero en cuanto a la potencialidad energética residente en la actual humanida —cree el pensador— que es tan nueva y tan poderosa como la de los primitivos bárbaros y, por ende, dicha energía está en disponibilidad de crear cosas verdaderamente grandes. La ebullición caótica y desconcertante de los tiempos actuales en ciencia, en arte, en derecho, en política, en movimientos sociales, etc., no es sino el síntoma de la recolección de los materiales tirados al azar en el mundo para la fabricación lenta, definida, clara, con sentido y fisonomía de la cultura del porvenir. Pero a ver esa cultura y a gozar de sus magníficos frutos, los hombres de este tiempo no estamos invitados. Posiblemente, nuestros ya lejanos descendientes verán y gozarán de

tal cosa. Mientras tanto, nuestro imperativo consiste en hacer cosas aun cuando tales cosas estén hechas de *no cosas* y al parecer carezcan de sentido. Todo está en que nuestro hacer coincida con el sentido profundo que reside en las realidades subjetivas y objetivas.

En la creencia de la potente energía actual, Keyserling coincide, como en algunas otras cosas, con el no menos eminente maestro José Ortega y Gasset, y, naturalmente, difiere de la *opinión occisa* de Spengler. Pues Keyserling, para admitir que las culturas todas se hallan en su hora de declinación, hora en que la uva madura de la cultura se hace toda ella azúcar, pero aún no se diluye en dorada miel bajo la llamarada disolvente de un sol postrero, recurre al principio psíquico de desintegración. Y así dice: "todo conglomerado psíquico como todo conglomerado orgánico, a través del tiempo, se transforma en virtud de la variada colocación y morfogenesis de sus elementos." Es por esto que el "*felha*" egipcio que antes producía Faraones, ahora no produce nada. Esto se explica diciendo que la contextura psíquica del antiquísimo felha a esta hora se halla radicalmente de otro modo y quizá desintegrada en relación con su primitiva integración de carácter creador.

Tomando en cuenta la específica disposición de los elementos psíquicos, Keyserling opina en el sentido de que la humanidad en ciertas épocas genera un tipo de hombre con disposición psíquica singular, y que este tipo de hombre determina el tipo general de cultura; así la cultura antigua fué determinada por el "*tipo sacerdote*"; la cultura media, por el "*tipo caballero*", y la cultura moderna es determinada por el "*tipo chauffeur*". Una investigación que verse sobre la evolución del espíritu en su constitución y contenido, es decir, en su ontología y mecanismo, podría revelarnos la diversa e íntima manera de ser y de funcionar del mismo espíritu en la prolongada dimensión del tiempo. Esto sería fabricar una *geología* y una *paleontología* del alma, así como se ha fabricado una geología y una paleontología de la materia. Y hacia ello tienden Keyserling y Yung, entre otros pocos aventureros del espíritu, que se lanzan hacia tierras incógnitas en pos de nuevas verdades y de inéditas riquezas mentales. Pues bien, una exploración de tal linaje, puede patentizarnos la diferencia esencial de los diversos tipos humanos que informan las diversas culturas.

Parece que hemos salido ya a la alta mar de la filosofía keyserliniana en relación con las culturas. En efecto, la cultura antigua, informada por el "tipo sacerdote", significa que dicha cultura, en sus lineamientos fundamentales y generales, era de carácter esencialmente religioso, dominando, por ende, el sacer-

dote sobre las arquitecturas sociales: las *castas* en el oriente y las *clases* en el occidente. La cultura media, informada por el "tipo caballero", quería decir que toda ella se encontraba penetrada de un modo general por el auténtico espíritu guerrero de alta nobleza y cortesanía, dentro y fuera de los castillos. En consecuencia, el *señor armado caballero* era lo dominante en la rígida jerarquía social de entonces. Y la cultura moderna, informada por el "tipo chauffeur", significa que ella en su totalidad está atravesada por el sentido técnico, o sea, por lo mecánico en sus más variadas formas y tonalidades, teniendo, por consiguiente, un valor superlativo el tipo bárbaro que maneja máquinas de toda índole y que se ha olvidado del espíritu. Esto significa, simbólicamente, que el hombre en su evolución, se ha superado como mero ser zoológico y primario y ha sido sucesivamente: "homo divinus", "homo heroicus" y "homo faber-technicus y economicus". El hombre actual es resueltamente *technicus y economicus*. En esta virtud, no debemos asombrarnos y acongojarnos por el hecho universal ya de que todo lo que signifique deporte y finanzas, en sus plurales manifestaciones, se halle brutalmente dominando sobre el espíritu y sus delidadas floraciones. Pues, que, el deporte y lo mercantil en lo actual son las expresiones necesarias e ineludibles del tipo técnico contemporáneo. De aquí que el mundo de hoy se halle admirablemente polarizado entre lo deportivo y lo financiero. Pero tiempo llegará en que dicha polarización sea reemplazada por otra mejor.

Para perfilar algunas facciones de la cultura moderna, precisa decir que "*el hombre moderno es hombre burgués*", por mucha dosis de socialismo que encierre su alma. Sobre todo, el europeo y el americano pertenecen al tipo burgués. El ruso, como buen eslavo que es, posee un socialismo de índole mística profunda y de instrumentación occidental, singularmente la tomada de Marx. Al decir que el hombre moderno es burgués se le adjudica un atributo sociológico bastante hondo que confina con lo filosófico. En efecto: la burguesía implica todo un sistema de suspicacia, de desconfianza. La organización capitalista es una organización de cautela en torno a los intereses económicos. Y como la burguesía se distingue, principalmente, por el capitalismo, ocurre que toda su organización se basa en la duda, es decir, en lo que ya se dijo: en la DESCONFIANZA. Y de dónde ha surgido tal desconfianza? De dónde, la duda? Posiblemente desde muy atrás en el tiempo: desde Descartes, el primer gran dubitador moderno. Luego viene Hume. Y por último Kant representa la cima de la duda en el pensar, en el estimar y en el hacer. Con Descartes, Keplero y Galileo, el mundo comienza a vacilar, a perder su sensación de equilibrio, de seguridad cosmogónica y

vital en que el hombre anterior se había, tranquila y muellemente, mantenido. Descartes representa la enorme inquietud inicial de suspicacia, suspicacia que va a desrealizar al mundo, en cierto sentido, que va a jugar irónicamente con el hombre y que va a servir de sistema nervioso a toda la cultura moderna (Conviene advertir que la duda moderna, que constituye la esencia del hombre moderno, ha seguido un camino opuesto al seguido por la duda o por el escepticismo antiguo). De suerte que tenemos lo siguiente: la burguesía es una organización técnica de la vida sobre una formidable base de desconfianza. Y la burguesía, en su desenvolvimiento, ha generado el choferismo, siendo éste, asimismo, una mayúscula organización de la vida para vivir más y mejor, apartando de su lado todo lo que signifique peligro, riesgo. En una palabra: haciendo de la propia vida un riguroso sistema de suspicacia para vivir en este mundo. Entonces tenemos que, en última instancia, la cultura moderna se compone de una ingente organización de suspicacia.

Dentro de un concepto concreto y claro, sabemos ya que la cultura moderna pertenece al "tipo chauffeur", así en algunos pueblos orientales —como el Japón— en occidente y en las Américas.

Ahora veamos que una de las facciones características del actual modo de existencia se traduce en lo "ecuménico" o *universal*. A esto es lo que muy recientemente se ha comenzado a llamar "*espíritu de mundialidad*". Sobre base ecuménica se formará más tarde una cultura netamente universal humana y no rotas y estancas como las habidas hasta ahora. Por haber cambiado de sitio el acento del sentido, se ha cambiado, consecuentemente, la *estructura de la vida* y, por ende, la gran forma cultural. Sin embargo de comenzar a dominar lo universal, persiste en el fondo del psiquismo humano el elemento *particularista*. Este elemento da lugar a la subsistencia de las nacionalidades. Lo ecuménico genera la síntesis "*supranacional*" (*übernational*). En tal virtud, el hombre actual comienza a ser primero universalista o cosmopolita y luego deviene en nacional. Ejemplos: el alemán es primero cosmopolita y luego germano; el francés es antes universal, luego francés; el bolchevique es mundial luego es ruso; el fascista es planetario luego es italiano adscrito a la "Roma Eterna". Ejemplos patentes de universalismo y particularismo parejos tenemos en los esfuerzos unificadores del *islamismo*, del *brahmanismo*, del *catolicismo*, del *teosofismo*, etc. Y en especial, tenemos la "Liga de las Naciones", que se presenta como una síntesis de fuerzas universalistas y particularistas en *tensión*, no en *equilibrio*, como el vulgo superficial cree. Keyserling opina que el mundo posterior se organi-

zará sobre el elemento de tensión; de modo que no habrá una unión equilibrada franco-alemana, etc., sino una unión en tensión franco-alemana, germano-rusa, etc. Es preciso, entonces, diferenciar el equilibrio de la tensión.

La facción choferina cobra diversas formas. Por ejemplo: el bolchevique es el chofer ruso, el fascista es el chofer italiano. Asoman, en consecuencia, ambos como ramas pertenecientes al grueso tallo común choferino. Sus características en las dos ramas son comunes: el mismo materialismo burdo, la misma carencia de sentido religioso y metafísico, la misma energía bruta sin canalización. Caudillos y masas de esta índole tienen una perfecta correspondencia de sentido superficial. Las masas mayoritarias ven en sus jefes al chofer nato y les reconocen como a fieles representantes de sus necesidades y aspiraciones ingénitas. El maximalista y el fascista prestan las mismas consideraciones a sus *condotieres* como Lenin y Mussolini, de modo idéntico a cómo el escudero consideraba totalmente a su caballero. Es por esto que tales jefes han triunfado en sus empresas y hazañas, y seguirán triunfando en lo ulterior cuantos caudillos asomen, porque aquellos representan la auténtica necesidad de los tiempos, o en otros términos, ellos son las expresiones precisas de la sensibilidad que late en la humanidad actual. Los actuales hombres de Estado, los jefes de Gobierno, los conductores de masas, etc., son forzosamente de carácter choferino y, por ende, ellos y tan sólo ellos triunfan y deben triunfar hasta más tarde. En los países en donde no hay aún mandatarios de tal índole, las cosas se convierten en un caos o por lo menos retroceden. Los intelectuales no pueden ni deben gobernar pueblos hoy en día, porque no son de tipo chofer, no poseen las dotes necesarias para dirigir, gobernar, etc. Y si llegan a gobernar —dice Keyserling— su labor lo menos es nugatoria. En consecuencia, hoy no tienen ningún valor las "*élites espirituales*". La masa de canalla que era, se va transformando en noble, en preciosa, en valiosa. Pero se cree que todo esto no significa sino un paso de transición hacia algo mejor. Ese algo mejor tiene que ser lo aristocrático. Pues la actual democracia, en cualquier forma que se manifieste —era bolchevique, ora fascista— es la base necesaria del nuevo ordenamiento del mundo en sentido carismático. Parece que la democracia va llegando a la meta de su evolución. Y cuando una cosa llega a su término, cesa en sus funciones y en su destino *in genere*. Pues tal cosa va a suceder con la moderna democracia surgida en el crisol ardiente de la Revolución Francesa. Cosa de ciento cincuenta años de democracia significa para la propia humanidad más pérdidas y perjuicios que provechos y beneficios. Esto lo dicen tanto Keyserling como

Ortega y Gasset y otros que poseen un fino sentido histórico. Ellos mismos columbran que el mundo se organizará de un modo "carismático". Esto quiere decir que se organizará sobre la base del "quien", de la *persona* y no del "que" o impersonal que es igual a *cosa*. En otros términos, ello significa que se instituirá una jerarquía de castas sociales al antiguo modo de la India. Parece que esto ha comenzado ya a dibujarse en Norteamérica, al través de la *eugenesia*. Y es que tal cosa se cree necesaria para que el mundo se redima de sus debilidades, flaquezas y mortales caídas. Y, claro, para que la historia no siga dando pasos en falso. . . . Y se impondrá con tanta mayor fuerza la organización aristocrática cuanto que la democracia jamás se la ha vivido en carne y hueso. Pues Yanquilandia nos muestra lo paradójal del sentido democrático: la tan admirada democracia no es en el fondo más que aristocracia hecha de reales oligarquías económicas y de sangre vigorosa, robusta, muy sana y muy rubia. Hay más todavía: en Estados Unidos se tiende a organizar las nuevas generaciones dentro de una consciente como rígida aristocracia intelectual que, hoy por hoy, se llama *estandarización*; aristocracia en la que cada individuo sepa lo que tiene que hacer y no se extravíe o se desperdicie actuando en cosas y menesteres ajenos, diferentes y quizá hostiles a sus congénitas posibilidades y aptitudes.

Dicha tendencia de aristocratización americana se articula con iguales tendencias en varios países del mundo. Este hecho prueba una vez más que el carácter de "mundialidad" ha comenzado a ganar todas las zonas planetarias.

En rigor de verdad, estamos bajo la influencia de una cultura de "*poder*", la que necesariamente tendrá que devenir en otra de "*ser*" o "*substancia*". Esto quiere decir que el mundo de las formas y de las fuerzas materiales se transformará gradualmente en un mundo de substancias y de energías espirituales. El poder que pondrá en trance de ordenar el mundo de un modo espiritual, religioso, metafísico, aristocrático, será, indiscutiblemente, el *conocimiento máximo* de las cosas, o sea, la sabiduría en su grado supremo. Así lo proclama Keyserling, con todo el énfasis que brota de su profética autoridad.

Estrictamente considerada la época contemporánea, se nota que se halla en un período *pre-cultural* con tendencias culturalistas en el riguroso sentido de la palabra. Por lo pronto, el hombre actual, excepción hecha de los pocos "guías espirituales", es un bárbaro y un barbarizante adobado por la técnica y envanecido por la creencia que en sí alimenta de dominar a la Naturaleza, por medio del automóvil, del aeroplano o de cualquier otro artefacto, en el que se exhibe como *as del volante* o como *capi-*

tán de industria o como *señor de la economía*, ignorando acaso que “la vida del hombre —concorde con la sugestiva expresión de Max Scheler— es una brevísima fiesta en el ingente desarrollo vital del Universo.” Todas estas manifestaciones indican claramente que el “acento del sentido” se mueve en lo *transferible*, sin que revoque a duda.

La organización técnica periodística —o sea la “artillería espiritual”— según una metáfora spengleriana —asevera Keyserling— es el único medio o instrumento eficaz, preciso y fecundo de dirigir la flotante e indecisa espiritualidad de la humanidad actual. En tal virtud, los gruesos volúmenes de antaño, llenos de profundas y recias ideologías y problemas, han quedado subyugados por el fervor liviano del periodismo mundial. Ahora un artículo de periódico, por más vacío de sentido que sea, ejerce una acción asombrosa para mover mágicamente a los ejércitos de lectores en un sentido y en otro y, por ende, para decidir de su destino, y, de rechazo, del de la historia. Esto se explica en el sentido de que la inteligencia moderna se ha vuelto apta para comprender con facilidad los hechos de sobrehaz y se ha hecho diestra para capturar la significación yacente en los problemas fáciles que forman el *elenco* de sus afanes, intereses y menesteres de carácter decididamente choferino.

Keyserling tiene el orgullo germánico de declarar que lo que él dice y anota, con un resuelto aire de capitán en sus visiones, no son teorías, sino expresiones vivas de realidades vivientes y por vivir. Pues él no gusta de teorías, porque ellas no son más que meras abstracciones de la razón que rompen o destruyen o violentan la verdad de los hechos vitales, de los fenómenos históricos. Es por esto que dice: “*una idea no llega a ser potencia histórica por razón de su verdad, sino por razón de su carácter representativo*”. “Tiene que ser actual. Es actual, por otra parte, lo que es evidente, cuando corresponde, como apropiada expresión, a una realidad psíquica dada”. De aquí que difiera explícitamente del estupendo Hegel, para quien “las ideas abstractas simbolizan la verdad de los hechos históricos”. De manera que, según el actual filósofo, una idea es verdadera y es potencia histórica en tanto en cuanto surge y es representación viva del “nexo psíquico” que comprenden los hechos históricos en sí. Es por esto que, refiriéndose al mismo Hegel, dice que éste cuando vivió, representó y sintetizó genuinamente la inconfundible verdad de su tiempo, mas ahora ya no representa. Es por la misma razón —continúa Keyserling— que Rousseau, a pesar de lo falso que fué en muchas de sus cosas, y que muy de lejos representó a la divisa: *libertad, igualdad y fraternidad*, llegó a ser el símbolo vivo de la Francia de su época, es decir,

de la Francia que, inconsciente o conscientemente, quería y anhelaba *autodestruirse* para renacer a un orden de cosas distinto y mejor. Es por lo mismo que Lenin y Mussolini, seres de *voluntad irracional*, emparentados con el ciclón o con el rayo, con Dios o con Satán, han salido avantes en sus fenomenales aventuras históricas. Pues ellos representan la auténtica voluntad del tiempo nuevo para destruirse en un sentido y construirse en otro, siendo el "Soviet" y el "Fascio" dos formas de un mismo núcleo vital-histórico que generará la cultura del porvenir en el sentido ya tantas veces dicho: ecuménico y aristocrático.

Tres cosas son las que expresan paladinamente el hecho de que el mundo ha dado casi un total viraje. Estas cosas son: 1º el desarrollo de la inteligencia; 2º el desarrollo de la técnica, y 3º el cambio de sentido de la vida. El desarrollo de la inteligencia significa la anulación del espíritu en su esencia profunda y creadora. Si bien es cierto que la inteligencia es el instrumento de las fabricaciones científicas, y, por otra parte, la ciencia en sí implica una situación de *duda*, de *problema*, frente a la Naturaleza, la verdad es que la inteligencia actual, por fuerza de su propio desenvolvimiento y de su acción a grandes distancias, resbalando tan sólo por sobre la piel de las cosas, no entiende de problemas profundos ni de elevadas abstracciones. En cuyo caso, los problemas y las abstracciones quedan automáticamente anulados, pudiendo ser resueltos solamente por la hondísima vía inconsciente. En una palabra, en lo moderno, la inteligencia constituye la objeción máxima del espíritu o *logos* creador. Y en este sentido cabe decir, concorde con Ortega y Gasset, que la filosofía positiva, elaborada toda ella a golpes limitados de sensación y de inteligencia, en vez de ser "*una manera de filosofía es una manera de ignorancia filosófica*".

Aun cuando la técnica en estos instantes va perdiendo ya su carácter de sorpresa, por mucho que sea posible transportar mecánicamente la luna a la tierra, lo incontrovertible es que su dominio sobre la humanidad es absoluto. Y tal cosa es así porque la técnica comporta toda una *suma de evidencias*. Y lo que el hombre moderno anhela es que todo se presente ante sí como *evidente, claro, sencillo, sin ningún viso de problema, de dificultad o de misterio*. Es por esto que todas las filosofías, estéticas, religiones, etc., transcendentales carecen de valor para su conciencia. El mismo Marx, para los socialistas, es obscuro en sus fundamentos filosóficos y es claro en el sistema de hechos que reflejan las miserias y las tristezas flotantes de la humanidad proletaria, y los lujos y las supervalías de los capitalistas. Pero llegará un momento en que lo *evidente* que hoy en día es tan sólo el supuesto inmediato de lo que se llama *civilización*, se

transformará en supuesto ineludible de toda cultura *estricto sensu*; entonces, la diferencia entre civilización y cultura desaparecerá por modo automático e insensible. Luego se tendrá, en un alto sentido ideal, una cultura universal, esté o no animada por un nítido y enérgico sentido espiritual.

El cambio del sentido de la vida es la resultante indefectible, necesaria del desarrollo de la inteligencia y de la técnica; en consecuencia, los pensamientos, los sentimientos, los afanes, las tendencias, los modos, los deseos de carácter tradicional —clásico o romántico— han dejado de ser o por lo menos van caducando con exacerbado empeño. Y ahora lo que ha comenzado a regir los cerebros y los corazones nuevos de todo el mundo es un sistema de normas de carácter deportivo, festival, intrascendente, terrestre, antiserio, antiromántico, antimetafísico y anti-religioso.

Todo esto significa, pues, un paso previo y seguro del mundo que ahora nace para desembocar en el ancho y profundo cauce de la ecuménica y carismática cultura del porvenir. Y la manera cómo la humanidad de ahora y de más tarde entrará en tan admirable senda —declara reiterada y serenamente Keyserling— es tan sólo haciendo un uso atinado y perseverante del conocimiento profundo y creador, es decir, llegando a la sabiduría que, en grado máximo, significa magia, o sea, estupendo arte de transformar a voluntad las cosas. El estadista, el fundador de religiones, el filósofo, más que el artista, cree el noble maestro, que son los llamados a crear cultura, llevando de la mano a cada hombre para que desarrolle individualmente toda su potencialidad en parejo beneficio: personal y mundial. Pues en esta altitud de tiempos, la humanidad debe salvarse a sí misma, sin necesidad de acudir a dioses, fetiches, ni redentores de ningún linaje. De ahí que Keyserling piensa que si ahora viniera un nuevo Cristo, su papel en el mundo de hoy no sería de lo mejor así como fué maravilloso y fecundo en las postrimerías del romanismo.

Y para concluir, invito a todos —hombres y mujeres, jóvenes y viejos, gobernantes y gobernados, ricos y pobres, que son el Ecuador de hoy y de mañana— a poner de pie el ESPIRITU y a trabajar con la prora de la vida enderezada al futuro.